

Los que se han ocupado del Egipto han señalado considerables diferencias entre el Egipto y el Oriente; sin embargo, parecen dispuestos á admitir que el Egipto tiene sus raíces en el Asia. El descubrimiento de Nínive abre un nuevo horizonte á la historia del género humano. El Asia, cuyos anales no se remontaban más que á dos ó tres mil años ántes de nuestra era, reivindicará tal vez una antigüedad tan respetable como el Egipto. Por ahora, los monumentos asirios atestiguan que la Grecia ha experimentado la influencia del Oriente. ¿La India ha ejercido alguna acción sobre los Helenos? Los Indianistas no creen en una filiación rigurosa de las dos civilizaciones; pero tampoco creen que se hayan desarrollado independientemente: hay un lazo, aún cuando no podemos determinarle, en la historia. También los Fenicios han tenido antiguas relaciones con la Grecia. Pero ¿cuál es la ciencia que la mercantil raza de Tiro ha extendido sobre todas las costas de Europa? Nueva incertidumbre. Al decir de algunos sabios, los Fenicios no han sido más que los propagadores de la sabiduría egipcia; sus relaciones con los Griegos y con todos los pueblos de Occidente atestiguan, por lo ménos, una influencia del Oriente sobre la Europa. Había, además, en Asia un pueblo, al parecer aislado, pero que la Providencia puso en comunicación con todas las razas teológicas de la antigüedad: si políticamente somos los descendientes de Roma y de la Grecia, el cristianismo, fundamento de nuestra vida moral, nos relaciona con la Judea. Así por todas partes descubrimos lazos entre la Europa y el Asia. El parentesco de los dos mundos y la acción que el Oriente ha ejercido sobre el Occidente no pueden, pues, ser desconocidos.

Nosotros no disimulamos la vaguedad de los resultados á que nos conducen nuestras investigaciones. Tenemos la convicción de que los pueblos del Asia reclaman un lugar en la historia de la civilización europea. Si se les ha negado tanto tiempo, ha sido por ignorancia. La literatura india, los libros sagrados de los Persas, los monumentos del Egipto y de la Asiria han disipado las tinieblas, pero sin hacer brillar la luz: desde que nuestros conocimientos han aumentado, es cuando sentimos cuán defectuosos son. Nosotros no podemos más que señalar el vacío; el porvenir tal vez lo llenará.

### § III. — Diferencias entre el Oriente y el Occidente. Semejanzas de los dos mundos.

El parentesco del Oriente y del Occidente no impide que haya profundas diferencias entre estas dos grandes fracciones del género humano. La teocracia es el elemento dominante de la vida oriental; ha infundido su espíritu al despotismo y hasta á las repúblicas comerciantes de Tiro y de Cartago. Ahora bien, si se penetra en el fondo de la doctrina sacerdotal, se descubre como su esencia el principio de la desigualdad. El Occidente parece moverse en una dirección opuesta; la igualdad es su ideal: la religión lo consagra como un dogma, los pueblos tratan de aplicarlo en el orden político. La desigualdad es, pues, bajo el punto de vista de nuestros *Estudios*, el rasgo característico del Oriente; existe en la familia, en la sociedad, en las relaciones internacionales.

¿Cuál es la condición de la familia en el Oriente? La maldición divina pesa sobre la mujer (1); apenas es considerada como un ser humano (2); es un instrumento de producción (3); cuando no fructifica en manos de su poseedor, éste la presta para que la fecunden (4). El marido es para la mujer lo que la divinidad es para el hombre (5).

(1) *Génesis*, III, 16: «Tu marido te dominará y se enseñoreará de tí.»

*Leyes de Manú*, IX, 17: «Manú ha dado á las mujeres la afición á su lecho, á sus adornos, la *concupiscencia*, la cólera, las malas inclinaciones, el deseo de hacer mal, y la perversidad.» *Id.*, II, 213: «Está en la naturaleza del sexo femenino el tratar de corromper á los hombres en este mundo.»

(2) Aristóteles dice que los Bárbaros no hacen diferencia alguna entre las mujeres y los esclavos (*Polít.*, I, 2). En Babilonia se vendían las mujeres al que más ofrecía (*Herod.*, I, 196).

(3) *Bhâgavata Purâna*, IX, 20, 21: «La madre es el receptáculo; el hijo pertenece al padre que lo ha engendrado.»

(4) *Leyes de Manú*, IX, 59: «Cuando no se tienen hijos, la progeneración que se desea puede obtenerse por la unión de la esposa, convenientemente autorizada, con un hermano ó algun otro pariente.»

(5) *Leyes de Manú*, V, 154.—*Bhâgavata Purâna*, VI, 18, 32.—*Râmâyana*, I, 17, 28; II, 20, 21. Este Dios era el único que la mujer pudo conocer; ella no gozó del beneficio de la iniciación religiosa; es incapaz de leer los Vedas; en todas circunstancias se la coloca en la misma línea de los sudras (*Bhâgavata Purâna*, II, 7, 46; I, 4, 25.—BURNOUF, Prólogo del *Bhâgavata Purâna*, p. 20.)

Cuando reina la desigualdad en la familia, debe dominar también en la sociedad; el derecho público refleja el privado. Sin embargo, los historiadores griegos dicen que la esclavitud no existía entre los Indios. «Entre las leyes singulares de la India, dice *Megasthène*, hay una bastante extraña, enseñada por los antiguos filósofos: no hay entre ellos esclavos; todos los hombres son libres y deben respetar la igualdad» (1). Hay algo más extraño que esta pretendida ley; es la ilusión que la India ha causado á la Grecia. La igualdad, proclamada como dogma en el país de las castas, es una imposibilidad absoluta. Los libros sagrados de la India prueban que los Griegos se han engañado: el *Código de Manú* enumera siete fuentes de esclavitud (2). Pero ¿cómo explicarse el error de los escritores antiguos? Los esclavos, propiamente dichos, eran ménos numerosos en la India que en la Grecia; los Griegos han creído que todos aquellos á quienes no veían con las condiciones de la servidumbre, eran hombres libres; no han comprendido que la casta es la primera forma de la servidumbre y la que más envilece. El esclavo puede ser manumitido, «mientras que un sudra, aunque manumitido por su dueño, no se libra del estado de servidumbre; porque, siendo este estado natural, ¿quién podría sacarle de él?» (3). Así poblaciones enteras estaban reducidas á una condición peor que la esclavitud griega ó romana.

La diferencia de dogma, que separa á la Europa y al Oriente, es fundamental. Sin embargo, no nos parece esencial ni permanente. No podemos creer en la eternidad de una ley que viola la humanidad. La historia de las teocracias va á mostrarnos que el régimen de la desigualdad y de las castas, que nosotros hoy maldecimos con razón, ha sido un medio empleado por la Providencia para la educación el género humano. Los pueblos de Europa han roto las ligaduras de su infancia; al crecer han reivindicado la

(1) DIODOR., II, 39. Arriano (*Indic.*, c. x), añade que lo mismo sucede en Esparta, pero que los Lacedemonios tienen, sin embargo, Iotas, mientras que entre los Indios no hay ninguna clase de esclavos.

(2) *Leyes de Manú*, VIII, 415: El cautivo prisionero de guerra, el doméstico que vende su libertad porque se le mantenga, los hijos nacidos de esclava, los esclavos comprados, dados ó heredados, el que es esclavo por pena, porque no puede pagar una multa.

(3) *Leyes de Manú*, VIII, 414.

libertad y la igualdad; una enseñanza cristiana de diez y ocho siglos les ha hecho comprender que todos los hombres forman una gran familia: ¿no llegará el momento en que se acuerden de sus hermanos del lejano Oriente, que están esperando una nueva iniciación? Parece haber llegado este momento. La Europa y el Asia se aproximan; los monumentos más viejos de la humanidad nos enseñan que debemos nuestra civilización á ese Oriente que parece decaído; tiempo es de que reconozcamos nuestra deuda (1) comunicándole á nuestra vez la doctrina de la vida.

Todavía hay un principio que hace más falta al Oriente que el de la igualdad, y es el de la libertad. Una poderosa religión ha extendido allí el dogma de la igualdad religiosa, y bajo su influencia han desaparecido las castas. Sin embargo, el buddhismo no ha llegado á imprimir al Asia una vida fuerte y progresiva: reina allí el despotismo después de la predicación de Buddha lo mismo que ántes. Se ha acusado de ello á la religión. Nosotros creemos, y trataremos de probarlo, que la diferencia que separa los imperios búddhicos de los estados cristianos no se refiere al dogma. Ni el cristianismo ni el buddhismo tienen el sentimiento ni la necesidad de la libertad. Si la Europa es libre, mientras que el Oriente es esclavo, la razón está en que los germanos han dado al mundo occidental el espíritu de libertad que ha faltado siempre á los pueblos del Oriente. La Europa no regenerará al Asia, mas que comunicándole por la mezcla de las razas el espíritu de libertad que constituye su vida. Pero para esto es menester que conserve ella misma intacta la noble herencia de sus antepasados. Por una felicidad providencial, la nación que ha fundado en Oriente la más vasta dominación es también la que se distingue entre todas por su indestructible apego á la libertad.

(1) COLEBROKE, *Discourse read at a meeting of the Asiatic Society (Transactions of the Royal Asiatic Soc., t. I, p. XVII)*: «To those countries of Asia, in which civilization may be justly considered to have had its origin, or to have attained its earliest growth, the rest of the civilized world owes a large debt of gratitude, which it cannot but be solicitous to repay.»